

Revista Stultifera Navis

Número 3 Año 2 (Junio 2021)



Ser un Nadante

Hacia un enfoque centrado en la vacuidad

Héctor Sevilla Godínez¹

México

Resumen

Es evidente que la espiritualidad centrada en el nihilismo no ha recibido el favor de la popularidad. Una propuesta centrada en la Nada, como principio generador de todo lo existente y de sus posibilidades totales, no tiene implicaciones mercenarias ni busca adeptos sumisos como hacen muchas religiones. Centrarse en la Nada es ajeno al seguimiento de una política cuyo fundamento se encuentra en la ganancia económica. Asimismo, la consideración de la Nada permite el encuentro con nuevas posibilidades y conduce a la flexibilidad, lo cual es justo lo contrario a los enfoques unívocos con los que somos educados.

¹ Doctor en Filosofía por la UIA, Ciudad de México. Es Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, de la Asociación Filosófica de México, de la Sociedad Filosófica de España y del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT. Ha publicado 14 libros y más de 110 artículos en revistas de dieciocho países. Sus líneas de investigación son el nihilismo, la filosofía de la religión y la mística. Trabaja en la Universidad de Guadalajara.

Contacto: hector.sevilla@academicos.udg.mx
ORCID: 0000-0002-1055-6059

La intención es mostrar lo que significa ser un nadante, lo cual es un neologismo que inauguramos con el presente documento.

Palabras Clave: Nada, Nadante, Vacuidad, Mística, Nihilismo.

Abstract

It is evident that spirituality centered on nihilism has not received popular favourability. A proposal centered on Nothingness, as the generating principle of all of existence and of its entire possibilities, does not have mercenary implications nor does it look for submissive or blind adepts such as many religions do. To center oneself on Nothingness is alien to the submissive following of a policy which is founded on economic gain. Likewise, the consideration of Nothingness allows the meeting of new possibilities and leads to a flexible attitude, which is exactly contrary to the univocal focuses with which we are educated. The intention is to demonstrate, profoundly, what it means to be a nothingner, which is a neologism that we inaugurate with this document.

Key Words: Nothingness, Nothingner, Vacuity, Mysticism, Nihilism.

Introducción

En el presente artículo se enuncian las implicaciones concretas que se derivan de la decisión de asumir la nada o volverse un nadante en torno a la propia existencia. Se muestra también la personificación de un modo de vida, la del nadante.

Se inicia refiriendo la experiencia de soledad que es propia de quien piensa algo de manera diferente o que ha roto con los sostenes emocionales convencionales. Se prosigue con el señalamiento de la importancia de superar la idea de que el método racional es el único camino al conocimiento. Se continúa con una breve reflexión sobre la construcción de sentido a través de la incitación al ejercicio filosófico. Posteriormente, se abordan las implicaciones de mostrar un testimonio de vida que sea congruente con lo que se piensa. Finalmente, se propone una reflexión sobre el hecho de morir día a día, como un ejercicio de desapego hasta la muerte total.

1. Reconciliarse con la soledad

Si el ser y la nada (la cual contiene la posibilidad del no-ser) constituyen el sistema binario de la realidad y de todo lo existente, no podemos excluir a la nada del ser que contenemos. De tal modo, lo que es y lo que no es, lo que se considera bueno y aquello que se cree malo, van de la mano, siempre juntos. Es a partir de la vacuidad que las cosas emergen, y es por la nada que el ser puede ser. Una de las consecuencias vivenciales de esto consiste en la afirmación de la soledad como un modo inevitable de estar. Por más compañía que tengamos frente a nosotros, es nuestra propia nada la que nos mantiene en soledad. Se está en soledad y, aun cuando busquemos formas de evadirla, ésta se vive muy profundamente.

Asumir la nada es reconocer la propia soledad, la unicidad que promueve la diferencia y la particularidad que implica la individualidad. Se es como individuo, pero siempre como un individuo solo. Estar solo no supone lejanía física, ni ausencia de proximidad corporal con otros cuerpos; lo que supone, más bien, es la imposibilidad de ser conocido en verdad, de ser entendido completamente, de tener la certeza del autoconocimiento o de verse profundamente como realmente se es. Todo ello es así debido a que no sólo se es, sino que no se es también. No es posible ver la parte que no se es, pues al mismo tiempo que vemos

lo que somos no estamos viendo lo que no hemos llegado a ser; de tal modo, no podemos ver lo que no aún no somos porque necesitamos estar siendo para ver.

Para entender la propia nada debe dimensionarse la Nada. No puede contemplarse la nada que somos si no se contempla la Nada. No hay quien pueda contemplar a otro totalmente, ni si quiera a uno mismo, pues la nada que habita en toda persona es impenetrable. Temporales como somos, cambiables e inestables, permanecemos fuera de cualquier conceptualización certera, elevándonos en el aire pasajero de la incertidumbre. Todos permanecemos viajando a través de la nada que nos hace ser, diluidos en las penumbras del sinsentido, abstraídos y lejanos, flotantes y nostálgicos por las obscuridades interiores que nadie conoce.

Visto así, asumir la nada es reconocer la soledad y aceptar el espacio solitario e impenetrable que nos conforma. Ninguna lágrima lo penetra, ninguna voz poética. El hermetismo profundo es imposible de romper porque no se tienen ojos capaces de captar luz entre tal oscuridad. El humano no ha sido equipado para entender la nada que lo posee. Así, mientras más se busca negar la soledad más solos e incongruentes nos volvemos. Asumir la soledad es aceptarse incognoscible, es al menos no intentar engañarse. No hay posibilidad de fusión más allá de las patologías psicológicas que la supondrían; sólo cabe creerse fusionado, no la fusión real.

Si se reconoce la propia soledad se pierde el miedo a estar solo. Cuando eso no se resuelve, se convierte en la causa original de muchas desgracias. Vencer los miedos consiste en evitar la obsesión por el reconocimiento, la aprobación, la compañía, el amor. Todas y cada una de las muestras de nuestra fragilidad son consecuencia de la mínima o nula asunción de la soledad y evidencian la propia levedad. En la medida en que exista el reconocimiento de la soledad se logrará mayor disposición para la compañía, sin que esto suponga lazos obligatorios ni prisiones innecesarias.

Hablar de la nada atrae la soledad derivada de la desaprobación de un mundo centrado en el ser, como consecuencia del miedo a la nada. La soledad siempre es un hecho y una posibilidad para todos; tiene la posibilidad de ser captada, pero es un hecho incluso sin tal captación. Asumir la soledad es saberse sin Dios, sin creador, sin sentido, sin camino, sin motivos y sin certidumbres sobre ninguna cosa. Asumir la soledad es dejar de temer a la

angustia, pero es también el reconocimiento de su temporalidad, pues no ha de angustiar para siempre aquello que se reconoce inevitable.

Por ello, la angustia o la náusea son sólo el inicio, después provienen la paz y la resignación activa. Si se vive constantemente angustiado por la nada es porque se la ha comprendido superficialmente, pero no se la ha asumido todavía o no hay una contemplación verdadera. Fusionarse con la nada, comprenderla íntimamente, es dejar de temerla, es reconocerla interiormente. Tras el miedo viene la aceptación y en ello la sabiduría. No basta con tener conocimiento de la nada, se requiere saber dejarla estar. De tal modo, la angustia es sólo temporal, es el noviciado necesario antes de profesarse un nadante definitivamente. La vacuidad vuelve al profeso en parte de su identidad, manifestándose a través de una soledad asumida.

El temor a la soledad es la muestra más clara de que no se ha aprendido a vivir, de que no se ha asumido aún la existencia, de que no se ha logrado despertar y de que tras nuestra carne sólo hay ilusiones vagas, superfluas e infantiles. Nuestro deseo de explicar la realidad es sólo una forma más de evadir la incertidumbre. La soledad, en grado sumo, implica también asumirse sin certezas, reconocer la levedad del conocimiento humano y lo pequeño e ingenuo de nuestro razonamiento.

Una de las evidencias del ser y la nada en la experiencia cotidiana se observa en la relación entre la soledad y la compañía. Análogamente, la soledad es el fondo en el que figuran todos nuestros nexos, relaciones y compañías. Para que tales figuras existan resulta irrenunciable que persista el fondo de la soledad. Pues bien, la soledad es inevitable puesto que encima y a través de ella (sin excluirla) toda relación es posible. El fondo que es la soledad permite la figura y forma de toda relación; dicho de otro modo: el fondo de toda relación o nexo con otro humano es la soledad. No hay modo de evadir la soledad a través de la compañía o mediante las relaciones, pues estas mismas se sostienen en la medida en que la soledad se mantiene y atrae el anhelo de la relación.

No se trata de aislarse como consecuencia de un miedo a los demás o de una antipatía social, sino de asumir el fondo a profundidad. A partir de ahí se posibilita la interacción auténtica, la relación sana que trasciende los esquemas tradicionales de cosificación del otro, el encuentro entre entes que han asumido su soledad y que no intentan romperla a toda costa.

Asumir la nada y la soledad que ésta conlleva consiste en estar libre del miedo a no ser libre, en relacionarse sin dejar de estar solo ni proponerse como el salvador de los demás o el verdugo de la soledad ajena. Asumir la soledad es, a lo sumo, dejar ser y permitir el no-ser. La meta es entender la fusión del ser y la nada, tal como la de cada uno con el Todo. Ninguna de estas cuestiones se entiende únicamente por vías racionales, es necesaria la promoción de un racionalismo diferente, como se propondrá enseguida.

2. Promover un conocimiento que sobrepase lo racional

El presente apartado se divide en tres secciones: sobre el sentido de lo racional, sobre la importancia de lo holístico y sobre la trascendencia de la racionalidad mediante el ejercicio contemplativo centrado en la vacuidad mediante una perspectiva post-racionalista.

El sentido de lo racional

Comúnmente el racionalismo es entendido como una mediación para el acceso al conocimiento por medio exclusivo de la razón. Es común que se asuma el supuesto de que el razonamiento puede revelarnos la Verdad universal, constituyéndose así como la herramienta idónea o excelsa que el hombre y la mujer tienen para conocerlo todo. Contrario a eso, debe observarse que la imposibilidad de acceso a la Verdad debido a su inexistencia es el argumento principal que debilita al racionalismo radical, dejándolo sin acceso a lo que supuestamente le da su fundamento. El “pienso, luego existo” cartesiano puede sustituirse por “soy nada, luego existo”, lo cual implica, en el término “soy”, el pleno reconocimiento de la nada en uno mismo.

El racionalismo devino en científicismo al suponer que únicamente son ciertas las cosas que la ciencia demuestra y que lo no científico debiera excluirse del plano del conocimiento respetable. Cierta inexactitud surge cuando se considera a lo científico como algo absoluto que debiera dar valor exclusivamente a lo que es cuantificable o mostrable. Evidentemente no estoy en contra de la ciencia y considero notorios los beneficios que nos ha proporcionado como especie; pero debe quedar claro que la ciencia es sólo una de las

modalidades de acceso al conocimiento que tiene el hombre, pero no es la única ni debe ser la pauta para excluir las otras posibilidades. El problema de la nada es uno de los usualmente excluidos del ámbito científico, con excepción de los experimentos sobre el espacio vacío en la Física; si bien los proyectos de investigación suelen estar centrados en el ser de las cosas, debe considerarse que para la comprensión del ser tendría que contemplarse también lo que no es, o aquello que es *no siendo*.

El conocimiento holístico a partir de la vacuidad

Además del conocimiento que apunta a realizar conceptualizaciones (lo teórico) y del conocimiento sensible centrado en la experiencia (lo empírico), es fundamental otorgar importancia al conocimiento holístico que incluye lo intuitivo. No debe asumirse la intuición como una simple corazonada o una fantasía, se trata más bien de una percepción no sensorial enraizada en una cuestión difícilmente explicable por medio del lenguaje tradicional.

El conocimiento holístico no ha sido siempre incluido en la estructura que la ciencia propone. Sin embargo, cuando un científico percibe la posibilidad de una hipótesis también está intuyendo una alternativa o forma de entender algo a través de una percepción holística originaria. Posteriormente, el científico utiliza todos los recursos racionales a su alcance para explicar la validez de tal intuición por medio de explicaciones, argumentos o pruebas. Ahora bien, si la intuición es reprimida o el sentido holístico es disminuido, lo racional disminuye al grado de convertirse en una reproducción memorística de lo que ya se conocía anteriormente, lo cual aporta muy pequeños matices de novedad. Esto sucede cuando las personas se encuentran temerosas de cuestionar o de dudar de lo establecido.

Al temer pensar o al rechazar las propias intuiciones se imposibilita el ejercicio de indagación que noblemente permitiría un avance integral. Contrario a eso, habitualmente las personas se contentan con explicaciones que los anteceden, generalmente las tradicionales, aquellas que han sido consensuadas por la mayoría y que se han adoptado como modelo para entender el mundo y a nosotros mismos. En Occidente, por ejemplo, hemos pasado la vida pensando, sintiendo y entendiéndolo todo desde el paradigma del ser, pero en negación constante de la nada. Con tales antecedentes, la apertura a un conocimiento holístico desde

la vacuidad, es decir, la disminución de la univocidad, constituye una forma alternativa para captar un mayor abanico de posibilidades.

Para que lo anterior sea posible debemos liberarnos del esquema racionalista que suele embriagar de orgullo. Podría ser paradójico que se proponga una forma de saber que tenga como punto de partida la aceptación de la imposibilidad del conocimiento absoluto, pero esto mismo abre otras perspectivas de comprensión. No se trata de eliminar por completo el racionalismo, se trata de que el racionalismo no implique la eliminación de otras posibilidades.

El post-racionalismo

Para lograr ir más allá del racionalismo se requiere de una valiente actitud de implicación personal para asumir la vacuidad de los conceptos y de las aseveraciones rotundas. No se requiere dejar de ser racional ni enfrentar a los racionalistas, pero sí se trata de no volverse unívocos en función del racionalismo o limitar a una sola vía el acceso al conocimiento. En el post-racionalismo se mantiene una pauta racional, pero con la flexibilidad de poner en duda los postulados de la razón. Se trata de una razón que se enfrenta a sí misma, de una afirmación capaz de ser negada, de un enfrentamiento con las propias consignas. Al racionalismo tradicional se lo supera con un racionalismo integrador de lo holístico y lo sensible. Estoy hablando, por tanto, de un racionalismo no centrado en el ser e incluyente de un paradigma capaz de dirigirse incluso hacia lo no visto.

El post-racionalismo implica la superación del orgullo científicista, la trascendencia de la univocidad y la renuncia a la añeja tendencia de buscar lo universal. En ese sentido, al asumir la nada se deja de buscar lo universal, porque lo más universal de los universales posibles ya se habrá encontrado. Asumir la nada es dejar de buscar absolutos y permitir las particularidades que la misma vacuidad favorece al provocar que las certezas se derrumben. Este tipo de post-racionalismo busca entender razones, no aportar una sola razón.

Que el conocimiento sea relacional supone que está siempre sujeto a la propia conciencia, a los aprendizajes antecedentes, a la experiencia personal, a la captación sensorial y a previas conceptualizaciones desde las cuales se asocia lo percibido en un contexto

determinado y específico. El racionalismo derivado de tal sincretismo relacional no utiliza solamente filtros intelectuales sino multimodales.

Se podrá objetar que en este texto se adopte el término de “post-racionalismo” para enunciar la postura de conocimiento que va más allá del racionalismo o que debería de superar la consideración de lo racional; sin embargo, es necesario seguir incluyendo el ejercicio racional porque el hombre está sujeto, por el simple hecho de serlo, a un esquema que construye irrenunciablemente mediante su capacidad de construir razones. La propuesta no es someterse a un racionalismo cerrado en sí mismo, sino promover un racionalismo prudente que se muestre abierto a la ineludible existencia de otros esquemas de conocimiento.

Incluso apoyándose en lo empírico, lo emocional o lo intuitivo, hay motivos que las personas se dan a sí misma para seguir tal o cual sistema o tomar sus decisiones. El hombre no puede escapar totalmente del esquema de su propia racionalidad. Asimismo, en el concepto del post-racionalismo también se asume cierta superación de lo racional debido a que el mismo hombre racional tiene la capacidad de confrontar su propia razón para enfrentarla o más allá de su razón para superarla mediante otras vías de conocimiento. De cualquier modo, una vez que se logra producir alguna conclusión derivada de la intuición o del análisis, los post-racionalistas requieren retornar a la herramienta racional y al uso de la palabra para poder transmitir su mensaje de un modo tal que sea comprendido por otros o para hacer prevalecer lo expuesto a través del tiempo.

Un post-racionalismo que incluya lo emocional y lo intuitivo es en sí mismo una consecuencia personal de asumir la interacción general que acontece en los procesos cognitivos. En tal senda no se deja de ser racional, pero se adopta una postura holista. No sólo se trata de explicarse con razones y que la gente racional lo capte o lo confronte, sino que también es oportuno motivar el uso del propio ejercicio intuitivo, despertar otros canales de captación, propiciar una labor filosófica y contemplar una realidad circundada por la vacuidad.

3. La posibilidad de incitar a filosofar desde la nada

Enseñar filosofía es, sobre todo, promover la reflexión filosófica, es decir, crear el ambiente de duda e incertidumbre que ocasione, explote, motive, propicie, derive, incite o empuje a filosofar. Esto aporta la distinción de que la filosofía sólo puede nacer en la persona que filosofa y que, más que enseñar a filosofar, se induce a ello partiendo de una atmósfera creada específicamente para tal fin.

Además, filosofar desde la nada supone que hemos dejado de lado la manipulación del término “filosofía” y que no la entendemos como una labor proselitista, una simulación mal intencionada, un retorno a sistemas absolutistas o coloniales, ni como un conjunto de imposiciones contrarias a la libertad con la que debiera emprenderse el camino de la crítica y la reflexión profunda.

En esa tónica, debe quedar claro lo obtuso de enseñar cómo debe vivirse, puesto que los valores no se enseñan, de modo que lo conducente es ofrecer los elementos para que cada individuo delibere o clarifique lo que quiere valorar. Por ello, propiciar el ejercicio filosófico no tiene la intención de elegir un conjunto de valores, sino clarificar y discernir los propios ejes valorativos.

Comprender que la filosofía y los valores no son enseñables, o que la verdadera filosofía implica la posibilidad de construir los valores y no aprender los impuestos, obliga a escharbar en la pregunta epistémica sobre nuestro saber. Lo anterior promueve la cuestión sobre cómo saber que una persona ha filosofado o cuál es la medida idónea del filosofar. Si se filosofa a partir de la vida cabe preguntar por el sentido de un parámetro que mida un aspecto cuyo punto de partida es de por sí la diferencia. No se trata de cuantificar la filosofía desde nuestras estructuras pedagógicas y evaluativas, se trata más bien de asumir que la misma filosofía se niega a ser cuantificada y aspira, contrariamente, a bajarse de los altares académicos de la elucubración, la abstracción y la mera especulación, para sumergirse en un análisis de la realidad, no desde el clásico olor a mueble y libro de biblioteca, sino desde el pantanoso olor del sudor, el conflicto imperante o el caos. La filosofía ha de hacerse vida y ésta debería elaborarse filosóficamente.

Aun en la actualidad tiene sentido promover la filosofía. Por ello cabe renovar su sentido y distinguir la importancia de filosofar a partir de los acontecimientos de la vida; tal ejercicio reflexivo permite asumir la existencia y entender el mundo que nos interpela a través

de una óptica distinta. Todo lo que sucede en el mundo constituye un detonante suficiente para comenzar a hacer filosofía y vivir conforme a ello. La filosofía es útil para construir un motivo de vida. Es cierto que algunas personas elaboran su sentido de vida aun sin implicar a la filosofía, pero el sentido que de ello se desprende no resulta filosófico. Contemplar la vacuidad es brindar a nuestra vida otro matiz y otro sentido. Una de las mejores maneras de mostrar que la filosofía y la interacción con la nada pueden ser relevantes en el proceso de concientización de un individuo es el testimonio que se muestre a los demás.

4. Testimoniar la nada

Mostrar a otros la propia contemplación de las condiciones de vacuidad en las que somos arrojados al mundo no se desprende de un acto voluntario, sino que es posible irradiarlo sin proponérselo. Naturalmente, reconocer tal vacuidad exige un sacrificio. Vivir desde parámetros distintos a los convencionales no resulta desapercibido; las personas alrededor de un individuo que contempla la nada lo contemplan a él mismo y esto es ya de por sí un testimonio. Entiendo el hecho de testimoniar como un acto que pone en evidencia la experiencia de haber sido testigo de algo. Por lo tanto, testimoniar la nada es mostrar que la hemos contemplado.

Testimoniar la nada supone la ruptura con la univocidad, con las apreciaciones cotidianas, con los absolutismos y con la autoridad del dogma. Dar testimonio de la nada es asumirse a sí mismo como leve, cambiante y limitado; es discutir siempre en función de la intención comprensiva de las razones del otro y asumir la propia soledad sin afanarse por negarla o evadirla. Testimoniar la nada también es romper con los ídolos a los que nos atenemos para la búsqueda de sentido cuando éste se ha roto; es trivializar lo absoluto de ciertas posturas, entender la situación relativa de las opiniones sin permitirles fundar universalismos. Testimoniar la nada es utilizar la razón dudando de ella, es asumir los límites de la razón humana y comprender los motivos no racionales de la propia vida. Del mismo modo, testimoniar la nada es entenderse como un ser siempre situado y amalgamado por un contexto específico e implica reconocer la constante categoría sistémica de todo lo humano, así como la dependencia que cada opinión guarda con el entorno del que surge.

Testimoniar la nada es hacerse cargo de los propios actos, sin responsabilizar a alguien o a algo externo. Es comprender los hechos de los otros y sus motivos, es entender que cada uno es digno y que es oportuna la solidaridad ante las situaciones ajenas. Testimoniar la nada es perdonar, es asumir lo innecesario de las culpas, de los juicios a otros o las moralizaciones. Es permitir que las cosas sean, incluidas aquellas que uno piensa que no debieran suceder. Es entender el cosmos, el orden del universo y el caos que captan nuestros ojos pequeños e ignorantes. Testimoniar la nada conduce a examinar los valores desde una perspectiva más amplia, desde el entorno de su posibilidad de ser creados o destruidos. Testimoniar la nada es no aprisionar a ninguna persona en nombre del amor, escapar del deseo de ser libres y permitir la contingencia sin más.

Testimoniar la nada es dar un nuevo significado a las cosas y entender que todo significado puede ser destruido. Se trata de posicionarse como constructor de los teoremas, supuestos e ideologías al mismo tiempo que se asume que se es producto social. Testimoniar la nada incluye renunciar a los conceptos de divinidad, alabando así los alcances la misma. Testimoniar la nada es enfrentar el ego y disminuirlo al entenderlo pequeño o necesitado. El nadante cuestiona los sistemas educativos y económicos que gobiernan el mundo, profundiza en la vida mística y acepta una sana ascesis que le permita un mayor desapego de las cosas del mundo. Testimoniar la nada es asumir la incertidumbre derivada de nuestra imposibilidad de certezas, lo cual incluye estar dispuesto a enseñar partiendo de las propias dudas, sin escudarse en respuestas establecidas.

Testimoniar la nada invita a enfrentar la ignorancia propia y ajena mediante el conocimiento de que la ignorancia es perpetua. Testimoniar la nada es entender el flujo de las cosas sin oponerse arbitrariamente, implica saber divertirse y apasionarse al saber que la vida se termina. En la vacuidad no es posible aburrirse si se contempla flexiblemente la gama infinita de posibilidades. Testimoniar todo esto es, a lo sumo, vivir de tal modo que cualquier día se está dispuesto a morir.

5. Morir cada día

Cuando se alude a la posibilidad de valorar la muerte, no se está proponiendo que se busque morir. La propuesta de ser un nadante, por medio de la contemplación de la vacuidad de todas las cosas, no tiene que ver con el suicidio. Se trata, más bien, de permitir que mueran en nosotros ciertas cosas que no ayudan al desapego necesario que requiere la contemplación de la vacuidad para el hombre y la mujer de hoy. Para lograr morir cada día es fundamental “dejar fluir”.

Si se desea fluir es necesario entender lo pasajero de las cosas, de las personas, de las conductas y de la vida misma. Dejar fluir es no aferrarse a que las cosas deben ser de un modo determinado o a que las personas nos vean, sientan, entiendan, traten o busquen de un modo específico según nuestra voluntad. Dejar fluir es entender la imposibilidad de cosificar a otro ser humano, es dejar que cada uno fluya de acuerdo a su voluntad. Dejar fluir es soltar, permitir el cambio y la ruptura. Dejar fluir es permitir pasar los resentimientos, dejarlos estar y despedirlos cuando han estado lo suficiente y se aprendió de ellos. Dejar fluir es entender que todo pasa, que cada cosa termina, que lo existente es cambiante y que la vida misma atrae la modificación. Dejar fluir es no atenerse a la vida, a la estabilidad o a la inamovilidad. Dejar fluir es permitir al universo ser, es captar que no todo es captable y que no es posible explicarlo todo; es también disfrutar, permitir al gozo estar y luego esfumarse. Dejar fluir es ser cada día, muriendo al día anterior.

Para todo ello es imprescindible “dejar ser” al cambio mismo. No se trata de hacer algo para que el cambio sea, sino sólo permitirlo, asumir que nuestra fuerza es más pequeña que la causalidad. Dejar ser es también permitir al otro que sea como desea. Es entender que cada vida responde a la conciencia que contiene, que no es posible vivir la vida de otro y que cada uno responde a sus contingencias. Dejar ser es no oponerse a la felicidad ajena, comprender que el sufrimiento permite la reconstrucción, que el dolor es parte de la vida. Dejar ser implica aceptar que el otro pueda estar en desacuerdo, que nos puede dejar. Así mismo dejar ser es asumirse vulnerable ante la decisión de otro, es permitir el propio sufrimiento, es reconocer el valor de la voluntad ajena. Nadie está obligado a agradarnos, nadie está comprometido de por vida, pues las promesas no evaden la posibilidad de romperse.

Es fundamental asumir que el no-ser está a un lado de todo lo que es. De tal modo, hay que “dejar no ser”, lo cual significa permitir que ciertas cosas no sucedan. Cada persona ha de entender que independientemente de su permiso hay ciertas cosas que nunca se harán realidad; por ello es importante asumir que, lo aceptemos o no, ciertas cosas no serán nunca, incluso a nuestro pesar.

Permitir no ser, dejar que el no-ser sea el no-ser, es entender que no todo está en las propias manos y que todo lo que es tiene un correspondiente no-ser. No podemos eludir la posibilidad de que lo actualmente existente se modifique mañana; todo lo que es tiene una relación de contingencia con el resto de lo existente y lo no existente. Al asumir el no-ser aceptamos la vulnerabilidad de lo que es. Dejar no ser es aceptar la muerte de los que amábamos y el desenlace posible de los que no han muerto. Esto incluye la muerte de nuestros propios planes e ideales cuando éstos se han vuelto irrealizables. En el momento en que un objetivo, meta, proyecto o intención deja de ser realizable es cuando cabe dejarlo morir, dejar ser al no-ser; con tal actitud, automáticamente dejamos ser a lo que viene, al cambio consecuente que permitirá nuevos objetivos, metas o proyectos. Dejar estar al no-ser significa que somos seres de más de un proyecto en la vida, que las cosas y nosotros mismos cambiamos y que no hay algo que detenga ese fluir.

Se trata también de “dejar lo que es”, entendiendo por ello que no porque algo exista debe ser necesariamente nuestro. Hay que entender que, en esencia, ninguna cosa ni persona es enteramente nuestra, puesto que lo único realmente nuestro es la vacuidad. Ninguna posesión es auténticamente personal, aunque así lo parezca legalmente. Hay que separarse del tener y dejar lo que es. Esto incluye soltar a las personas, dejar lo que es y que ha dejado de ser nuestro o que nunca lo fue. Dejar lo que es consiste en no esclavizarse por una posesión, no medirse a través de ella, ni entender que la felicidad se obtendrá en proporción de lo que se posee. Hay que morir al apego que se forja, sólo así es posible descubrir que lo que nos hace desear es el espacio que la vacuidad significa en nosotros; por ello hay que permitir que el espacio sobrante se llene de sí mismo y nunca de algo. Debemos entender que el vacío interior, cuando es vivido sanamente, es constructivo; hay que permitir la soledad sin intentar llenarla con algo externo, incluidos los otros humanos.

Morir cada día es también “dejar lo que no es”. No sólo existe apego a lo que es y existe, sino también a lo que aún no es o que definitivamente no será. Ejemplo de ello son los ideales incambiables, sentidos dogmáticos, metas abstractas, ilusiones, absolutismos, posturas morales inamovibles, divinidades, criterios autoritarios, religiones, científicismos y, en suma, todo lo que implica universalismos arbitrarios. Hay que dejar lo que no es, incluso cuando esto implique la necesidad de superar los propios temores. A pesar de que deseamos construir nuestra estabilidad y tranquilidad a partir de ideas o supuestos absolutos, nuestro aparente sostén debe ser desechado.

En el plano colectivo, la idea de morir a cada día aplica cuando se permiten las maneras de morir de cada uno en su propia vida. En ese sentido, “dejar que otro deje” significa dar nuestra anuencia para que el otro decida dejar lo que él quiera o para que no deje lo que no desea dejar. No es posible elegir entre la libertad o la esclavitud, pues el deseo de libertad ya supone cierta esclavitud. Por ello, hay que dejar que los demás ejerzan su derecho a dejar. Esto nos exige creer en el otro, en su criterio, en la adecuada relación del otro con sus propias ideas. No se entiende una cosmovisión centrada en la vacuidad si existe en uno mismo el deseo de comandar las vidas ajenas; por eso debe permitirse que cada uno defina su propia contemplación de su nada o que deje ir tal opción. Si se desecha la idea de una moral unilateral, no habrá interés de convertirse en vigilante del comportamiento ajeno.

Dejar que otro deje supone “dejar ser dejado”, con lo cual se admite que en ocasiones las decisiones de los otros nos afectan. Es probable que a cada uno le corresponda ser dejado, abandonado, humillado o destruido en función de la decisión de otro, pero no por ello cabe dejarse morir, pues aunque sea permitida la voluntad de otro sobre nosotros no estamos obligados a asumir como propia tal voluntad. Puede cumplirse con la voluntad ajena siempre y cuando eso no suponga la coacción de la propia elección. En concreto, una persona puede aceptar que otra decida dejarla u olvidarse de ella, pero eso no implica que se deje a sí mismo, que se olvide o se desprecie para complacerla. Sólo tenemos nuestra propia conciencia y, si bien ésta es limitada, no nos queda más que la nada luego de ella.

El otro nos deja, se va o se queda, todo lo puede hacer en su mente con nosotros, pero no es obligación hacer con uno mismo lo que el otro hace. Dejar que el otro sea no significa dejar el propio ser por el otro. Si bien en los conflictos bélicos cada grupo busca destruir al

otro, no es lógico asumir que así en efecto debe permitirse, sino que es digna y elocuente la legítima defensa o la resistencia como última opción.

Finalmente, es oportuno aprender la práctica de “dejarse uno mismo”, lo cual significa dejar que uno sea como ha de ser, no como es ahora sino como podría ser. Lo único cierto sobre todo ser vivo es que morirá y que es muy poco lo que puede hacerse para escaparse. Si la muerte es la única manera de ser la Nada y escapar de ser nada, entonces cabe esperar a que llegue por sí misma y no adelantar ese proceso terminando con la vida. Asumir la nada no es destruirse, sino sólo dejarse fluir con el correr de la vida, con los hechos causales, con las interminables e inexplicables conexiones de lo que es y lo que no es.

Dejarse uno mismo es también relativizar el propio yo, es entender que nuestra imaginación de ser alguien sólo existe en la propia conciencia. Dejarse uno mismo significa soltar la ilusión de quien se es, entender que quien entiende no es un yo propio, que el yo es sólo una creación, que en realidad cada uno está clonado de sí mismo y que creyendo ser es sólo un producto de la conciencia que, en su intención de separar esa idea del resto de lo captable, ha creado la ficción de una identidad.

Morir cada día es asumir la ficción de la vida, lo irreal de lo presente, lo intangible de lo que tocamos, lo invisible de lo que vemos, lo intocable de lo que deseamos, lo falso de lo que sentimos, la mentira de lo que creemos, lo trivial de lo profundo, el no ser del ser, la nada de todo, el nadie de alguien y el vacío de lo lleno. Dejarse es la verdadera liberación, es superar la yoicidad y estar por fin, de verdad, en lo absoluto que es *no siendo*.

Por último, es necesario “dejar la idea de que cada uno debe elegir dejar”, pues poco importa tal cuestión en el curso natural de lo existente. Si se deja ser, se deja el no ser, se deja lo que es, se deja lo que no es, se deja que otro deje, se deja ser dejado o se deja uno a sí mismo, no se cambiará el hecho de que no somos ni seremos nunca la voluntad detrás del movimiento de todo lo dejado y lo que está por dejarse, de todo lo que se es y no se es, de todo lo que es y no es. Evitemos la suposición de que nuestra voluntad es la que mueve el universo, en realidad somos movidos como todo lo que forma parte del mismo. Tampoco es lúcida la idea de que el universo gira en torno a alguien en particular, pues todos somos incluidos en su vaivén. Lo único que encima del universo permite al universo mismo es lo más absolutamente universal de todos los universales: la vacuidad plena, la Nada.